

FM/80

JACINTO
ALCANTARA
GOMEZ

HOMENAJE
DEL
EXCELENTISIMO AYUNTAMIENTO
DE MADRID
EN EL
PRIMER ANIVERSARIO
DE SU MUERTE

1966

MADRID

1967

Fm-2892

Depósito legal: M. 9.015-1967

Ayuntamiento de Madrid

JACINTO ALCANTARA

AYUNTAMIENTO DE MADRID

JACINTO ALCANTARA

HOMENAJE

DEL

EXCELENTISIMO AYUNTAMIENTO DE MADRID

EN EL

PRIMER ANIVERSARIO DE SU MUERTE

1966

MADRID

1967

AYUNTAMIENTO DE MADRID

SECRETARÍA

ALCAIDE DE LA CIUDAD DE MADRID

ALCAIDE DE LA CIUDAD DE MADRID

En este sentido homenaje del Ayuntamiento de Madrid no pueden faltar unas palabras del Alcalde en recuerdo de Jacinto Alcántara. Podría transcribir las que diariamente se oyen en la Casa de la Villa, donde la memoria del ejemplar funcionario, amigo de todos, permanecerá mientras tengan vida cuantos le conocieron. Podría traer las que se dijeron en la Sala de Crónicas del Ayuntamiento de Barcelona, cuando celebrábamos la Primera Semana de Madrid en la Ciudad Condal, en cuya preparación con tanta eficacia y consciente entusiasmo había trabajado Jacinto Alcántara hasta una hora antes de su muerte sorprendente y trágica, absurda.

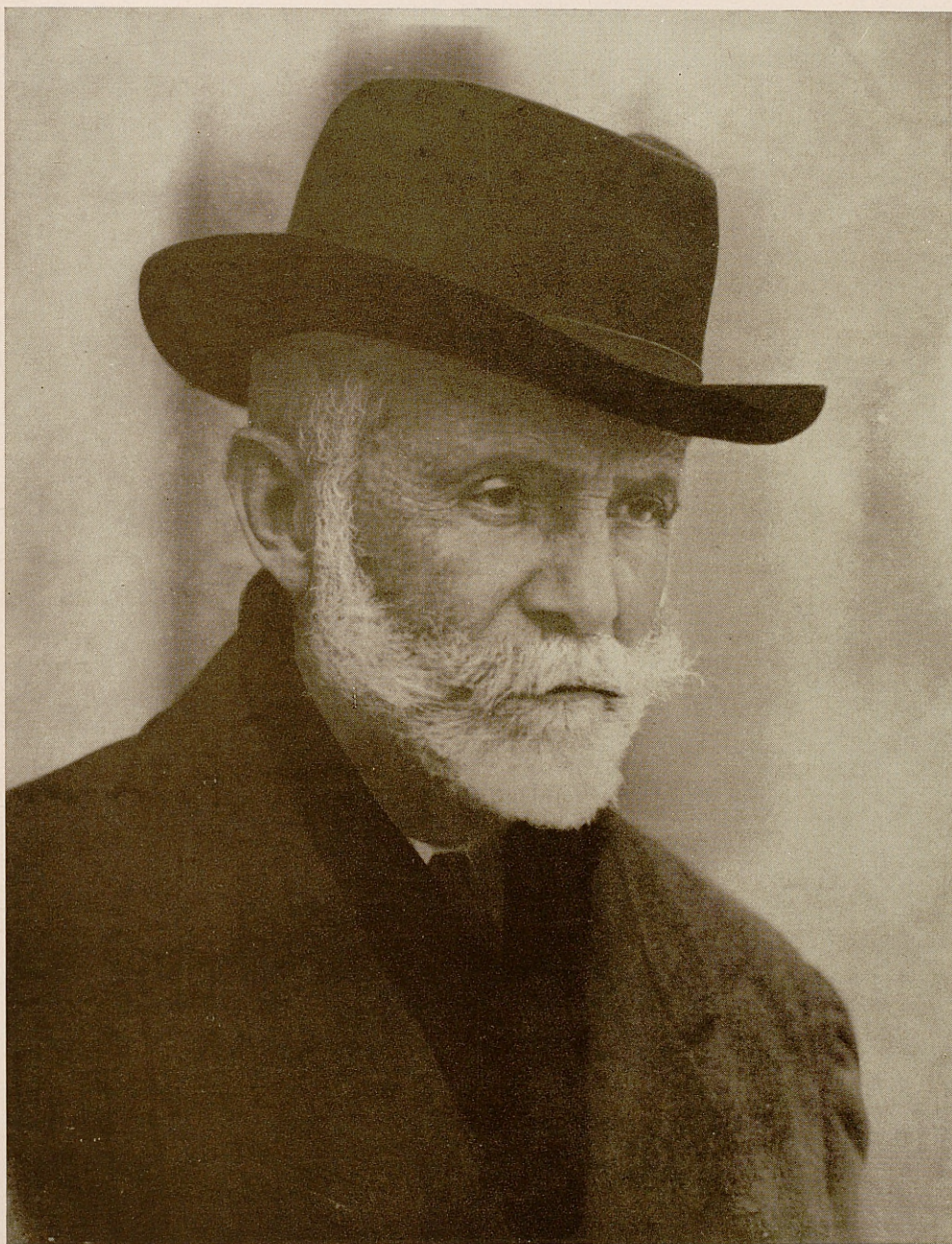
Es como una demoníaca paradoja la muerte absurda. Que un hombre de bondad quintaesenciada, maestro de cortesías, sembrador de cordialidad, tan pronto para la abierta sonrisa como para el fraternal abrazo, alcanzara en suerte muerte tan violenta, no es hecho que la razón pueda fácilmente desentrañar, aunque el homicida fuera un pobre perturbado.

Fué Jacinto Alcántara un nombre señero en nuestro Madrid, fiel continuador de una esclarecida prosapia. Pintor, maestro en el arte noble y difícil de la cerámica, que es dar con las manos vida al barro; recreador de la Escuela que su padre fundara y de la que Madrid se siente orgulloso; entusiasta introductor de la artesanía española en los mer-

cados extranjeros y fino catador de toda obra de arte; Jefe de Protocolo con un justo sentido del ceremonial, que le hacía intuir siempre con acierto el momento exacto en que el protocolo debía dar paso a más cordial confianza. Jacinto Alcántara, amigo invariable del artista, pues en su noble oficio no podía concebir ni la envidia ni el menosprecio por la obra del compañero, era también pronto amigo del visitante, del ilustre huésped de la Villa, al que sabía ganar para su Madrid. Amigo ejemplar, amigo de todos los días, porque en su talante no soplaban otros vientos que los de la comprensión y la cordialidad.

Si su muerte fué una dolorosa sorpresa para todos, para los que en él teníamos tan firme ayuda y seguro consejo significó un desamparo. Así lo interpretó el Ayuntamiento de la Villa de Madrid al concederle a título póstumo su más honrosa distinción.

CARLOS ARIAS NAVARRO



DON FRANCISCO ALCÁNTARA JURADO
(Fundador y Director de la Escuela de Cerámica.)



DON JACINTO ALCÁNTARA GÓMEZ
(Segundo Director de la Escuela de Cerámica.)

EN MEMORIA DE JACINTO ALCANTARA

Triste y honrosa misión, a la vez, se me confía, y con estas palabras la cumplo, en piadoso deber de amistad: la de evocar la memoria, tan viva y presente aún, del buen Jacinto Alcántara, arrebatado a la existencia en trágicas circunstancias hace un año, el 6 de junio de 1966. Algo de gratuito tiene siempre el crimen, pero esa gratuidad llega al absurdo cuando es obra de la locura, y sólo puede hallarse su impulso en el insano laberinto mental de un obseso. Ese fué el caso de la muerte de Alcántara, sucumbiendo al puñal de un asesino irresponsable cuando salía a recibirle en su propia casa, ante el engañoso anuncio de una inesperada misión de un supuesto funcionario que decía traerle unos papeles en los que era precisa su firma; no había tal. El desdichado que venía a matarle sin motivo era un perturbado indebidamente dado de alta en un sanatorio mental en el que llevaba recluso varios años por haber cometido un crimen semejante. Madrid entero, el Madrid de los varios y diversos círculos a los que alcanzaban —y eran muchos— las actividades, las simpatías y las amistades de Alcántara, se conmovió al conocerse la noticia. A mí me afectó muy especialmente, por circunstancias muy personales, de las que me limitaré a exponer las que a mi relación con Jacinto Alcántara se refieren; elegido nuestro amigo, con gran ilusión por su parte, como miembro nume-

rario de la Real Academia de San Fernando poco tiempo antes, me había designado para entregar a la Corporación su discurso de ingreso, lo que, de acuerdo con las tradiciones académicas, suponía que había el que esto escribe de redactar y leer la contestación de su bienvenida. La carta en que me enviaba su discurso llevaba fecha 24 de mayo; el lunes 30, cumpliendo su encargo, presentaba su escrito en la sesión académica para que lo examinara la mesa, y en esa misma sesión se me confiaba el encargo de contestar a su discurso en nombre de la Corporación. Aquel mismo día 30 recibí su última carta. Yo quería asociar al acto en que Jacinto fuera recibido académico la memoria de su padre, don Francisco Alcántara, el mejor crítico de arte de su tiempo, hombre de fino y ardoroso espíritu, profundo conocedor de España, auténtico miembro de la generación del 98 y muy representativo de ella, a quien su distinción y su modestia impidieron, acaso, alcanzar el renombre y los honores que hubiera merecido, harto más que tantos hueros figurones que llegaron a codazos a los primeros planos del tablado nacional. Pero ésa es historia de todos los tiempos. Con su carta, la postrera que de él recibí, Jacinto me enviaba unos datos biográficos de su padre para completar la información que yo quería tener sobre tan noble figura, y me agradecía efusivamente mi interés por dedicar al recuerdo de su padre una parte de mi elogio al nuevo académico. Siete días después, Jacinto salía de este mundo en las trágicas circunstancias a que me he referido anteriormente, dejando vacío el sillón para que había sido elegido, suspensa mi pluma y contristado profundamente el corazón de sus innumerables amigos.

Describir el complejo mundo al que la vida de Jacinto Alcántara estuvo ligada en su infancia, su juventud y su madurez sería hacer un corte profundo en la accidentada vida española del último medio siglo; aunque ello me tentase, no

es este lugar para hacerlo. Sólo quería diseñar en esbozo su silueta humana, salpicada de las indispensables precisiones biográficas que sirvan para recordar a los que lean estas páginas la personalidad de Jacinto Alcántara, tan viva en la memoria de sus amigos. Como la de casi todos los españoles de su tiempo que hemos vivido tiempos azarosos y dramáticos, la biografía de Jacinto, si yo pudiera abordarla en su totalidad y en las implicaciones que comporta haber transcurrido en la España del siglo xx, nos parecería llena de paradojas y contradicciones. Dios me libre de ahondar en ellas en este momento, porque de nada quisiera huir como de dar un aire de sesudo ensayo a lo que sólo quiere ser un cordial homenaje a la memoria de un entrañable amigo.

La interferencia de la historia turbulenta en una vida personal apacible, tuerce y frustra los destinos con un elemento inexorable de azar que cada cual asume como puede, aun aceptando de antemano, con humor o melancolía, las frustraciones a que el hado nos condena. De ellas sólo podemos salvar lo que afecta a la personal conducta, y la de Jacinto fué siempre humana, generosa; porque él era generoso y humano y supo siempre hacer frente a la vida con nunca desmentida cordialidad y cierta prudente dosis de filosofía. Siempre estuvo exento de engreimiento, de envidia o de cualquier otro complejo de los que, con tanta frecuencia, envenenan las relaciones entre los hombres, y muy singularmente entre los habitantes de la ibérica piel de toro. Si de alguien pudiera decirse que repelía el drama, era de este buen amigo, jovial, optimista, bondadoso, siempre dispuesto a hacer algo útil en favor de los demás, dispuesta siempre la palabra benévola y acogedora para todos: colegas, alumnos, compañeros, artistas, escritores; altos o humildes. No sé si bajo su impávida cordialidad corría soterrado un cierto senequismo —era de linaje cordobés— que no se hacía demasiadas ilusiones, pero

trataba de salvar lo humano a flote porque el optimismo también puede ser planta cultivable y no sólo vegetación espontánea o salvaje.

Si su padre nació en Pedro Abad, en el valle del Guadalquivir, a pocas leguas de Córdoba, Jacinto vió la luz en Madrid el 15 de septiembre de 1901 y vivió en su infancia y su juventud la vida modesta, pero digna, de una familia de la clase media de la Corte, a la que no asustaba la estrechez y la conllevaba con la sencilla elegancia de los madrileños de aquellos tiempos, antes que las oleadas de nuevos ricos trajeran chabacana petulancia a un Madrid que sabía preferir la sencillez a la ostentación o la cursilería. Su padre era amigo de Galdós y de las más egregias personalidades de una austera clase intelectual en su más distinguido núcleo: el que comprendía desde Cossío hasta Unamuno o Zuloaga, desde *Azorín* o Valle Inclán a Ortega y Gasset. En el hogar de Jacinto eran familiares los apellidos y la influencia de los hombres que hoy nos parecen más representativos de lo que justamente ha podido llamarse la segunda edad de oro de las letras y las artes españolas. Don Francisco Alcántara, licenciado en Derecho, sensible pintor que acabó dejando la pintura por la pluma y la cátedra, derivó al estudio y la apreciación de las artes populares tradicionales de nuestro país que le revelaron los viajes a lo largo y lo ancho de España, en compañía de sus más ilustres amigos y maestros. Ello le llevó a interesarse por la cerámica; al fundarse la Escuela de Cerámica de Madrid, en 1911, fué nombrado su primer director, y a ella dedicó los mejores desvelos de su actividad, en el intento de hacer renacer y perpetuarse la tradición ceramista de España. Logró atraer a este arte a su hijo Jacinto, que comenzó como pintor, y que se especializó luego en las Artes de la Tierra, cursando sus estudios en la institución que don Francisco dirigía y ampliándolos después bajo la dirección de don Daniel Zuloaga, el

el tío del insigne pintor, que hizo famosos sus talleres segovianos de San Juan de los Caballeros —hoy convertidos en Museo Nacional a la cerámica dedicado—, y de don Enrique Guijo, restaurador de los talleres de Talavera de la Reina. Formado ya en esta bella arte viajó para ampliar sus estudios, en 1930, por Francia, Bélgica, Alemania, Dinamarca, Italia y Portugal. Ya desde 1923 era profesor de la propia Escuela de Cerámica, y desde 1924 profesor de la Escuela Municipal de Artes Industriales; entre los años 1923 y 1933 lo fué también de dibujo del Instituto-Escuela. Toda esta experiencia le calificó —y ningún puesto podía parecerle más honroso— para suceder a su padre en la dirección de la Escuela de Cerámica, que conservó hasta su muerte. Dentro de los limitados medios de que dispuso, como ha sucedido a casi todos los centros educativos españoles, trató de mejorar las enseñanzas y la calidad de la cerámica que allí se practicaba, logrando obtener para los envíos de la Escuela los Grandes Premios en las Exposiciones de Monza y de Filadelfia, en 1928; asimismo organizó las contribuciones de la cerámica española a otras exhibiciones internacionales, colaborando en la Exposición Iberoamericana de 1929, en la que instaló personalmente la Sección del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.

Siguiendo la tradición de su padre y de los maestros de don Francisco, puso siempre el mayor empeño y entusiasmo en complementar las enseñanzas de la Escuela con los viajes por España, poniendo a los alumnos en contacto con sus bellezas artísticas, tanto en lo que a los monumentos capitales se refiere como a las más humildes y entrañables tradiciones artesanales de las artes populares. Durante su vida de profesor organizó treinta y siete cursos de verano, en los que los alumnos vivían y trabajaban a la vez en las regiones de España más aptas para estimular la inspiración de los jóvenes artistas.

En uno de estos cursos se hallaba trabajando con sus discípulos en La Alberca, en el verano de 1936, cuando la contienda española había de mantenerle, a él y a sus alumnos, cerca de tres años alejados de sus hogares y de la Escuela. Alcántara se desvivió para ayudar a sus discípulos en los azares de aquellas circunstancias, protegerlos y ayudarles a resolver su vida. No por callada fué menos meritoria la tarea de Alcántara en aquellos meses iniciales de nuestra guerra, y de ello he escuchado —y no de sus labios— testimonios de rectitud y generosidad que le honran y que hoy deben contribuir a enaltecer su memoria. Fiel a sus admiraciones y devociones familiares, puedo decir que hallándose Jacinto en Salamanca el día de la muerte de don Miguel de Unamuno, tuvo a honor ser uno de los que llevaron en sus hombros el ataúd del grande y noble vasco, que finó sus vitales y religiosas *agonías* el día 31 de diciembre de 1936. Su padre, don Francisco Alcántara, debió de agradecerle, desde el transmundo en que las pasiones se encalman definitivamente, aquel mudo y piadoso homenaje póstumo al que fué su gran amigo.

La preparación y la especialidad de Alcántara le indicó para ocuparse, en los años de la guerra, en tareas de recuperación de obras de arte, tarea tan necesaria en una época en que tantos tesoros artísticos quedaron abandonados o dañados, cuando no desaparecidos o mutilados, y que hubo de realizarse con la urgencia y limitaciones que las circunstancias de la guerra permitían. Sus iniciativas tuvieron también parte en la creación de la Obra Nacional de Artesanía, de la que fué dirigente durante un año, aproximadamente, en sus inicios, y luego, años después, desde 1952 hasta 1961. En esta última época organizó exposiciones de artesanía española y arte decorativo en Munich, Florencia, Nueva York, Roma, Casablanca, París, Bruselas, Tokio, Manila, Bangkok y Berna, obteniendo Grandes Premios en Munich en tres ocasiones

y la Medalla de Oro en Florencia. No entro a detallar las Exposiciones de artes populares que bajo su dirección se celebraron en Madrid en los diversos aspectos de las artes menores. Sí diré que a su cargo corrió la restauración y reedificación de la Escuela de Cerámica, destruída por la guerra, y en la que pudieron reanudarse los cursos, ya, en 1941. Para mejorar sus enseñanzas, visitó las más importantes manufacturas cerámicas de Europa y de otros continentes, divulgando el conocimiento de lo español en conferencias pronunciadas en España y fuera de ella. Visitas especiales de estudio realizó a la Manufactura de Sèvres, a Copenhague y a Stoke-on-Trent, en Inglaterra.

Su actividad encaminada a dar a conocer la cerámica española culminó en algo que le ilusionó toda su vida: la realización de una exposición ambiciosa en la que se mostrase, en antología expresiva, la historia, tan compleja y variada, de la cerámica en España desde la Prehistoria hasta nuestros días. Pudo llevar a cabo esta idea pocos meses antes de su muerte, que nadie hubiera podido creer tan absurda y tan próxima; en el año de 1966 la Dirección General de Bellas Artes le confió la organización de esa Exposición, abierta en la primavera y encomendada a un comité de especialistas, que él presidió en funciones de comisario de exhibición tan interesante, que todos recordamos y para cuyo catálogo quiso con empeño que yo escribiera unas páginas de introducción. El bello librito-guía de la Exposición contenía la descripción catalográfica de 1.154 piezas —más una sección dedicada a la producción industrial contemporánea en nuestro país, que hacía subir el número de obras expuestas a 1.602—, un estudio histórico preliminar del profesor Almagro Bosch, una selecta bibliografía sobre cerámica española y 116 ilustraciones en fotgrabado, todo ello precedido de una presentación del propio Jacinto Alcántara. Desde la Prehistoria hasta

Picasso y las fabricaciones modernas, incluyendo la propia Escuela de Cerámica madrileña, una deslumbradora y nunca superada representación de la producción española a lo largo de la Historia llenó los salones del Casón del Buen Retiro y permitió apreciar, en apretada selección, la síntesis de lo que las Artes de la Tierra produjeron en España a través de los siglos. Jacinto Alcántara pudo estar legítimamente orgulloso de haber llevado a cabo su soñada exhibición, satisfacción acompañada en enero del propio año 66 por la que le produjo su elección como académico numerario de la Real de Bellas Artes de San Fernando, y para cuya solemne recepción en su seno escribió el discurso que yo entregué en su nombre, días antes —¡quién había de pensarlo!— de su trágica muerte.

No voy a enumerar los cargos, condecoraciones y honores que recibió como premio de sus tareas y méritos; esto no es una esquila, sino una cordial y melancólica recordación de su persona y de sus humanos valores. Pero no puedo pasar por alto una faceta de sus actividades, que puede parecer paradójica a quien no le trató y que no lo es para los que le conocieron. Fueron sus dotes humanas de simpatía, actividad, servicial benevolencia y eficacia, virtudes que, conjuntas, son tan raras entre nosotros, le hicieron indicado, sin él desearlo, para una tarea muy atendida en otros países y muy descuidada en el nuestro, y que, para entendernos, podríamos denominar así: *las relaciones públicas*. Hace falta para ello un hombre de tacto, de intuición rápida y sonrisa fácil, deseoso siempre de complacer y de dar a cada cual lo suyo, con sencillez y naturalidad elegante. Jacinto Alcántara lo reunía todo, y por ello se encontró siendo el hombre útil y necesario para lo que con palabra más oficial y solemne se llama el protocolo. Alcántara llenó estas funciones al servicio de varios organismos durante bastantes años, pero acaso el puesto que ocupó

más complacido, él, madrileño puro, con soltura y familiaridad que tan connaturales suelen ser con los madrileños, fué el de Jefe de Protocolo del Ayuntamiento de Madrid. Su experiencia de la vida y de los hombres, su amistosa actitud para todos, altos y bajos; su serenidad de juicio, su inalterable cortesía cordial, le hacían fácil el desempeño de una función que en otras manos puede ser espinosa y expuesta. Más de cuarenta años al servicio del Ayuntamiento de Madrid culminaron para él, sin detrimento de sus otras actividades, en este puesto en el que parecía asumir delegada y naturalísimamente, sobre todo, la representación cordial de su Villa, crisol y síntesis de toda la nación española, gran teatro del mundo, y a veces de sus vanidades, para los habitantes, funcionarios, personajes y pretendientes a ello, que viven, sufren, aman y ven pasar la Historia en la ciudad de las siete estrellas. Ningún recuerdo y homenaje podría serle, pienso, más grato que el del Madrid que él amó y vivió con plenitud humana cabal y cordialísima. A la memoria del buen amigo, injusta y prematuramente salido de este mundo, me asocio yo, madrileño también, con profundo y auténtico sentimiento de estimación efusiva, al escribir estas páginas.

ENRIQUE LAFUENTE FERRARI

DISCURSO
DEL
EXCMO. SR. D. JACINTO ALCANTARA

SEÑORES ACADÉMICOS: Desde que tuve el honor de ser designado miembro de esta docta Casa, mi deseo más vivo y ferviente ha sido poder expresar en alta voz y públicamente mi gratitud de todo corazón, por vuestra confianza y vuestro apoyo, para poder dedicar todo mi tiempo disponible a colaborar con vosotros y compartir con el mejor ánimo vuestras tareas en bien del arte nacional.

Hoy tengo la alegría, la satisfacción y el alto honor de poderlo expresar en este solemne acto, semejante a los que en tantas ocasiones he acudido como invitado a la lectura del discurso de gran parte de vosotros, al ingresar, como yo hoy, en esta Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Por tanto, señores académicos, escueta, pero sinceramente, gracias.

Después, y al conocer mi elección para ocupar el sillón que el excelentísimo señor Marqués de Moret honró tantos años, fué mi más vivo deseo rendirle ferviente y profundo tributo de admiración al maestro y amigo entrañable, al que desde niño y en compañía de mi querido padre tantas veces visité y escuché con respeto y admiración, por su elevado criterio y su gran conocimiento del Arte español.

Analizar la labor desarrollada por el Marqués de Moret en su casi medio siglo de ininterrumpida tarea, precisaría un gran espacio, por ser tan amplias y diversas sus actividades

artísticas. Sus acabados estudios sobre toda clase de temas abarcan desde la pintura y escultura hasta las artes menores e industriales en su variadísima gama, y sus publicaciones, monografías y artículos, desde la primera cronológicamente, aparecida en *La Epoca* en el año 1922, con la denominación de *La Duquesa de Chevreuse, retratada por Velázquez*, hasta la última, publicada en *Arte Español* en 1956, con el título de *Sobre nuestras Artes industriales*, son una perenne lección para los artistas y aficionados a las Bellas Artes.

Pero donde su capacidad organizadora y su temperamento encontró un mejor medio de expresión fué en su labor directiva de la Sociedad Española de Amigos del Arte, cuya Presidencia ostentó desde 1954. Todas las Artes, desde la *Orfebrería civil española*, en 1925, hasta *La Escultura en España, siglos XI al XVIII*, tuvieron adecuada exhibición en cuidadísimas instalaciones realizadas personalmente por él hasta su más mínimo detalle.

El reconocimiento a su ingente labor divulgadora de las Artes en nuestra Patria fué su elección como Académico de número de esta Real de Bellas Artes de San Fernando, en el año 1940, y los cargos que desempeñó, entre ellos la Presidencia del Patronato del Museo Nacional de Arte Moderno y los de Vocal de los Patronatos del Museo del Prado, del Nacional de Artes Decorativas, del Municipal, del Pueblo Español y de otros de índole diversa, siendo igualmente miembro de diversas Sociedades y Academias Artísticas extranjeras.

Su acreditado buen gusto y profundo conocimiento de las formas e ideas estéticas de todos los tiempos originó el que la Real Academia Española le encargara, en colaboración con los señores Sánchez Cantón y Muguruza, la reconstrucción e instalación de la Casa de Lope de Vega, en 1935, siendo designado conservador de este pequeño Museo en 1939.

Como he indicado anteriormente, una referencia completa de sus múltiples actividades, siempre al servicio del Arte, ocuparía un considerable espacio, y por otra parte la vida y la obra del ilustre prócer que fué el Marqués de Moret, es del dominio público y conocida perfectamente por cuantos dedican al Arte su actividad profesional. Por ello, al ofrecer este emocionado recuerdo a su brillante personalidad y a su incansable labor, no es preciso hacer una más extensa reseña de sus realizaciones, y sí únicamente hacer mención expresa del singular afecto con que siempre me distinguió en nuestras relaciones profesionales y en las tareas en común, al coincidir en diversos Patronatos al que ambos pertenecíamos como Vocales. Su recuerdo perdurará siempre en mí, y mi mejor deseo es seguir sus huellas de hombre bueno, enamorado profundamente de su trabajo y fiel a su vocación.

LA CERAMICA EN ESPAÑA

Muy sucinta ha de ser mi disertación sobre la cerámica en España, porque es amplísimo el tema, que abarca la historia completa del ser humano en la Península Ibérica, desde los tiempos prehistóricos hasta el momento actual.

Desde las primeras manifestaciones cerámicas de formas puras y de carácter utilitario realizadas con una primaria infantilidad, pero también con una belleza auténtica, los hombres primitivos crearon con su maravillosa ingenuidad este arte bellísimo.

Escojo este motivo de la Historia de la Cerámica para el discurso de ingreso en la Academia, porque desde mi niñez estoy entregado con dedicación absoluta a este quehacer tan bello y tan tradicional.

La enseñanza y la investigación de todo lo que se refiere

a este Arte del fuego ha llenado totalmente mi existencia, con su apasionante variedad e inmensas posibilidades.

Hay que tener en cuenta que es la cerámica, materia delicada y frágil, la que ha proporcionado los más claros y casi únicos indicios al arqueólogo e investigador, facilitando conocimientos precisos para la clasificación y enfoque, desde las distintas culturas, de la historia de la Humanidad, con sus implicaciones técnicas, sociológicas y culturales, desde la prehistoria, más de seis mil años antes de Jesucristo.

Es la arcilla cocida, no a 800 grados como se ha dicho muchas veces, sino a mucha menos temperatura, quizá entre 500 y 600 grados, lo que hizo que se endureciera lo suficiente para conservarse, completos o fragmentados, los objetos que hoy conservan nuestros Museos y colecciones particulares.

Las primeras creaciones cerámicas encontradas en España son del período Neolítico I Hispano de la región mediterránea, y también de la Boca del Tajo. Vivían los hombres de esta época en cuevas y pequeños poblados de chozas, y el desarrollo de esta cultura tuvo lugar a lo largo del cuarto milenio antes de Jesucristo, perdurando según las regiones hasta el tercero e incluso después.

Geográficamente, son las áreas donde se desarrolló la cerámica cardial, nombre recibido por su decoración a base de impresiones de conchas marinas de superficie rugosa realizadas sobre el barro tierno de las vasijas, apareciendo también una cerámica no decorada y menos perfecta que la anterior.

La llamada Cultura del Bronce I Hispano, o Cultura de los Millares, nombre de uno de los más importantes y conocidos poblados prehistóricos de Europa, hace que sus colonizadores extiendan sus cerámicas, que son vulgares y de muy deficiente confección, algunas de origen Egeo, más finas, y decoradas con motivos muy simples. También podemos contemplar vasos cerámicos con motivos rituales y abstractos,

o con el triángulo femenino que nos habla de la creencia en la fecundidad, o bien la representación del ojo humano o animal que nos indica el poder supremo que todo lo ve, de origen sirio y mesopotámico.

Estas útiles cerámicas repartieron por toda la Península sus influencias, aunque en el Sur y Levante se nos ofrecen los lugares más activos de aquella cultura.

El período del Bronce I origina una gran transformación en las regiones del sudeste y sur de España, y llega a continuación la cerámica denominada del vaso campaniforme, que sigue a la cerámica cardial, y cuyos motivos son más exquisitos y están impresos sobre el barro sin secar, con ruedecillas dentadas y objetos como peines. Esta cerámica, única y genuina de la Península, data de mil ochocientos años antes de Jesucristo. Coincide con la época del Bronce I Hispano y se extendió por todas las zonas europeas.

La etapa inicial de la metalurgia, tan hispanizada, es muy seguida por las corrientes que nos llegan del Mediterráneo oriental, y que se caracterizan por el dominio de las aleaciones que dan paso al bronce. Esta cultura es denominada del Argar.

Durante el final de la Edad del Bronce I y Bronce II Hispano, la Península Ibérica recoge nuevas e importantes corrientes culturales. Por el Mediterráneo occidental se extiende la colonización fenicia y griega, y las cerámicas célticas evolucionaron y recogieron diversas influencias según las distintas regiones.

Antes de utilizar el torno de alfarero y aun después, las cerámicas ofrecen motivos estampados. El torno de alfarero —que sigue utilizándose de la misma forma en el momento actual— apareció en la Península Ibérica en la Edad del Hierro, y lo aportaron las colonizaciones griegas y fenicias.

En el Sur fueron los poblados indígenas los que nos muestran más plenamente las vasijas realizadas en torno de alfa-

rero. En los siglos VI y V antes de Jesucristo, la meseta inferior, concretamente la región de Albacete y Cuenca, nos ofrece vasos hechos a torno. Entramos así en la época de la cerámica ibérica, que ofrece rápidamente formas admirables. Los motivos geométricos aparecen al principio, para continuar después en forma de animales maravillosamente representados, y terminar con la figura humana.

La cerámica ibérica es la que mejor refleja nuestra inspiración artística y la que mayor influencia ejerce en la medieval, en gran parte de la popular, y en casi toda la corriente moderna.

La mencionada etapa nos lega realizaciones que podemos dividir en las siguientes secciones: Ibérico Andaluz, Ibérico Sudeste, Ibérico Levantino, Ibérico Catalán, Ibérico Valle del Ebro y Celtíbero. Todas ellas entre el siglo IV y el II antes de nuestra Era.

Al describir todo este ciclo de arte cerámico, conviene llamar la atención sobre la realidad de que el arte actual intenta inspirarse en la auténtica ingenuidad pasada, creyéndose creador de algo que fué hecho insensiblemente y con la enorme espontaneidad de lo natural. Y sólo si la Humanidad de hoy en todo su amplio concepto, bien por cataclismos o por algún fenómeno cósmico, nos hiciera regresar a los comienzos del hombre primitivo, volvería a crearse este arte y este modo de vivir, como lo hizo el hombre puro y sencillo del Neolítico.

EDAD MEDIA

Comienza la Edad Media con la gran novedad en la historia de la cerámica en España de la aparición de un esmalte brillante, que la embellece y la separa totalmente de lo hecho en épocas anteriores; la galena y el óxido de cobre, que logran

también la impermeabilidad de los barroes, cambian la técnica usada hasta aquel momento.

La aparición de esta cerámica torneada y bizcochada con decoración en relieve, y esmaltada con manganeso o almazarrón, es lo que da la nota fundamental en la cerámica medieval.

Inmediatamente después, los engobes y el barniz plumífero, con óxido de cobre y óxido de manganeso, van enriqueciendo colorísticamente las piezas. La cuerda seca, para separar los esmaltes confeccionados con el barniz estañífero, tan usado en toda nuestra cerámica popular hasta ahora, como la decoración en verde y morado, forman la característica de las piezas del siglo XIII.

Paterna, Manresa y Teruel tuvieron la mayor importancia en este tipo de cerámica, que ejerció sin duda una gran influencia en las regiones próximas.

Aparece entonces, y sobre todo en los siglos XIV y XV, en Málaga y Granada, el reflejo metálico con una maravillosa belleza y riqueza, desarrollándose también en Paterna y Manises. Los platos, tazones, jarrones, etc., que salen de estos alfares, tienen la técnica peculiar del reflejo metálico y son las piezas más cotizadas en todo el mundo. Existen otros centros cerámicos como Teruel y Sevilla, que también produjeron con esta modalidad.

En el siglo XV se fabrica en Valencia el *socarrat*, pieza de barro que se utiliza para decorar los techos entre viga y viga, y que está sólo cocido en bizcocho, por lo que recibe dicha denominación. Se decoran con óxido de hierro y almazarrón, siendo Valencia el único lugar en que se realizaron, puesto que las placas que se hicieron en Andalucía, aunque son parecidas, se diferencian en que están vidriadas igual que los azulejos.

Talavera de la Reina fué en el siglo XVI una de las regiones

más importantes en la fabricación de loza de una gran belleza, y con una personalísima decoración y técnica del “estañífero”.

Las piezas de Talavera y Puente del Arzobispo, con técnicas análogas, pues sus baños y esmaltes tienen menos brulantez, son estimadísimas en todas las colecciones.

También en Aragón y Cataluña, en los siglos xvi y xvii, se realizan lozas muy personales y características, siendo el barniz análogo al de Talavera, pero los azules que decoran las piezas son más oscuros y morados que los talaveranos.

En Toledo y en los mismos siglos se hacen grandes tinajas decoradas con estampillados y brocales de pozos con inscripciones y decoraciones bellísimas.

De los siglos xvi al xix se hace en toda España cerámica popular; se moldean desde el botijo utilitario, cántaros y barreros, hasta las más importantes piezas para decorar, con la misma técnica del estañífero.

Talavera y Sevilla ejercen influencia en los siglos xvii y xviii sobre todas las comarcas productoras. Esta cerámica tiene gran influencia italiana, procedente del Renacimiento, y que en España se debió a la estancia del artista italiano Francisco Niculoso. Las cerámicas de esta época son hechas a torno o modeladas con una arcilla ferruginosa cocida en un primer fuego para bizcochar, y que luego son bañadas o recubiertas de un esmalte —cubierta plumbífera—, aplicándose el decorado sobre el esmalte o cubierta cruda, para someterla finalmente a una cocción con temperatura de unos 800 grados. Esta técnica se utiliza primordialmente en Talavera, Valencia, Aragón y Cataluña.

Los procedimientos de tabicar los colores y de cuerda seca (Cuenca), aplicados sobre alicatados y en pavimentos, es modalidad muy extendida en España, siendo Sevilla y Toledo las regiones que más los utilizaron, lo que las distingue y caracteriza en relación con las otras regiones.

CERAMICA CONTEMPORANEA

La Villa de Alcora (Castellón) fué el marco de uno de los ensayos más interesantes en materia de cerámica moderna que realizó España.

El Conde de Aranda, patricio de gran relieve y señor de Alcora, funda en el año 1727 la fábrica, que hace los primeros ensayos de porcelana, sobre todo en su segunda época. La labor de esta fábrica puede dividirse en tres épocas; la primera, la de su fundación, en la que se produce loza fina y tierna, terminando con la muerte de su fundador. En ella puede apreciarse una marcada influencia francesa, debido a que los artistas y obreros fueron casi en su totalidad traídos de Francia.

La segunda época, en que la fábrica fué regentada por el Conde don Pedro Pablo, de 1749 a 1798, fué el período en que se introdujo el caolín, base de la porcelana, el cuarzo y el feldespato, en sustitución de la arcilla blanca fundente de la primera etapa.

La tercera época, hasta 1810, en la que es propietario de la fábrica el Duque de Híjar, heredero del Conde fundador, es el final de este ensayo tan lleno de aciertos, y que tantas bellas piezas nos ha legado para nuestra historia cerámica.

Fué el Conde de Casal el que más a fondo estudió e investigó la labor de la fábrica de Alcora, reuniendo para ello la más importante y completa colección que existe en España.

Con la introducción del caolín, el cuarzo y el feldespato, materias primas para fabricar la porcelana, comienza a aparecer la técnica difícil y complicada de las altas temperaturas, desconocidas hasta entonces en toda Europa, con la excepción de Alemania, país de primeras materias muy refractarias. Al aparecer estos materiales duros para su fusión, tienen que ser estudiados y construídos hornos complejos, desconocidos

hasta aquel momento, apareciendo al mismo tiempo como complemento la utilización de la ciencia química, necesaria para el análisis de las tierras y materias que componen la nueva técnica de la porcelana.

Fueron también importantes en aquella época las manufacturas o talleres de loza de La Cartuja, San Juan de Aznalfarache y Sargadelos, siendo La Cartuja, al igual que Talavera y el pueblo de Manises, con su centenar largo de fábricas, los que mantuvieron el prestigio de nuestras lozas, de tanta tradición dentro y fuera de España.

Muchas de estas fábricas no funcionan, por desgracia, en estos momentos, pues fueron desapareciendo según morían sus fundadores; así, por ejemplo, Sargadelos, industria norteña de maravillosas tonalidades azules y sepías oscuros, que utilizó el procedimiento del estampado según la práctica inglesa, y por cuyos conceptos estuvo influenciada, dejó de fabricar tras cortos años de funcionamiento.

Sargadelos fué fundada por don Raimundo Ibáñez Gastón, Caballero de la Real Orden de Carlos III y gran amigo de Godoy, interesante figura que actuó en Galicia a finales del siglo XVIII y principios del XIX.

La fábrica fué inaugurada en 1809, siendo dirigida por el portugués Correa de Saa; ensayaron la porcelana con relieves en blanco, y en 1840 es cuando se generalizó la utilización del estampado.

Cartagena también tuvo una bella loza, siendo fundada la fábrica denominada La Amistad, en 1842, trabajando con materiales, pastas y operarios procedentes de Inglaterra.

La Cartuja de Sevilla fué fundada alrededor de 1840. Produjo una muy estimable loza blanca, estampada al modo inglés, dedicándose principalmente a servicio de mesa. Es la única de las mencionadas que subsiste en el momento actual.

En el País Vasco existió una fábrica de porcelana que



CARLOS III. (De la colección del Marqués Viudo de Valdeterrazo.)

tuvo muy corta vida y funcionó con la ayuda de pastas y técnicas francesas, con lo que fué un reflejo del gusto de la época de dicho país. De lo poco que esta fábrica produjo posee la mejor colección el señor Arrese, en su casa solariega de Corella (Navarra).

PORCELANA DE LA REAL FABRICA DE CHINA DEL BUEN RETIRO

He pasado la fecha de 1759, en que el Rey artista Carlos III fundara esta Fábrica, por ser, a mi juicio, la industria y el ensayo de producción de cerámica más completo de todos los que someramente he descrito, que son posteriores cronológicamente, exceptuando Alcora.

La porcelana, técnica cerámica de los tiempos modernos, como he indicado antes, se logra en Madrid por el año 1759. Es la técnica más científica y costosa que existe en cerámica, y se compone fundamentalmente de caolín, cuarzo y feldespato, tres materias puras y nobles que, por la acción del fuego, se endurecen y vitrifican, siendo porcelana cuando las temperaturas del horno comienzan a vitrificar el feldespato que, merced al caolín, sostiene y conserva las formas dadas a las piezas.

Esta Fábrica fué en sus primeros momentos el simple traslado a España de todo el material que poseía la fábrica de Capo di Monte, que el mismo Rey Carlos III creó. De este modo empezó a funcionar la famosa manufactura en Madrid, cuyo emplazamiento coincidió exactamente con el lugar denominado en la actualidad El Angel Caído, en el Parque del Retiro, de Madrid.

Empezaron las obras de la Fábrica en el citado año 1759, encargándose de ellas el Arquitecto que lo era de los Palacios

Reales, don Antonio de Borbón, de acuerdo con las orientaciones de José Gricci, apellido que posteriormente tuvo bien ganada fama y tradición en la cerámica madrileña.

Trabajó el Buen Retiro sin interrupción durante cincuenta años, y en el último tercio de su existencia dió al mercado europeo la famosa porcelana dura, una de las mejores de aquellos tiempos.

Acogió la Fábrica en sus talleres a pintores y escultores de gran fama, que, con los que vinieron de Italia, constituyeron un núcleo de artistas de primer orden.

En la primera época fué dirigida la manufactura por el italiano Juan Tomás Bonicelli, pero poco después el Rey nombra Director a Tomás Pérez, traído de Capo di Monte, que fué el creador de lo que podríamos denominar técnica y gusto español-napolitano, sistema en que se aplica la decoración y pintura de porcelana en miniatura.

Tiene esta obra madrileña dos épocas bien definidas: la primera, de influencia napolitana, por ser continuación de la labor realizada en Italia, que puede denominarse la etapa de los Gricci. La mayoría de los motivos artísticos del Buen Retiro en esta primera época son los temas mitológicos y escenas pastoriles, galantes y alegóricas. Se caracteriza, técnicamente, por ser pasta tierna de porcelana.

La segunda época de la Real Fábrica está representada por Bartolomé Sureda, mallorquín de origen, formado en Sèvres, que imprime a la ornamentación de la porcelana el gusto afrancesado que él había asimilado en su formación. Es entonces, de 1804 a 1812, cuando las porcelanas del Buen Retiro alcanzan fama universal.

La Fábrica se especializa en el modelado de flores, siendo el autor más exquisito de esta modalidad "Sebastián el modelador de flores", cuyas obras de arte fueron copiadas, sin llegar jamás a su belleza, en casi toda Europa. De las obras

más originales y perfectas salidas del Buen Retiro señalaremos la del Palacio Real de Madrid, que consiste en el revestimiento de los muros de la llamada Sala de Porcelana, obra de perfección inigualada. Es obra análoga la del Salón Chino, en el Real Sitio de Aranjuez, pero tal vez supera a ésta la del Palacio de Madrid, pues paredes y techos están recubiertos con placas con altos relieves y con un colorido realmente maravilloso por su finura y exquisitez.

Como pieza universalmente conocida señalaremos la *Piedad*, porcelana tierna de la primera época, y probablemente debida a la mano e inspiración de Gricci. Las colecciones más importantes que se conservan son las que atesoran el Museo Municipal de Madrid, Museo Arqueológico Nacional y Patrimonio Nacional, donde se puede admirar y estudiar la historia de la famosa manufactura, que quedó destruída, en 1808, con la invasión de los ejércitos de Napoleón, sin que quedara rastro de sus moldes, modelos y procedimientos, lo cual ha obligado a tener que comenzar por los primeros pasos la obra de reconstrucción de tan bello arte en España.

LA REAL FABRICA DE PORCELANA DE LA MONCLOA

Podemos suponer la enorme pena que soportaría Sureda, que en la segunda etapa del Buen Retiro había puesto todo su amor y empeño en esta gran obra, al ver todo reducido a escombros y cenizas.

El mismo fué quien convenció más tarde a Fernando VII para que efectuara la instalación de una nueva fábrica, escogiendo los terrenos del actual Parque del Oeste, que es donde está enclavada, desde 1935, la Escuela de Cerámica de Madrid.

A la citada Fábrica de la Moncloa fueron trasladados los

escasos enseres y dibujos que se pudieron salvar de la destrucción de la del Buen Retiro, y así, en el año 1817 empieza a funcionar, trabajándose sin interrupción hasta 1870, año en que fué destruída por un incendio.

En el Museo Arqueológico de Madrid se conservan bellas obras de esta época, la mayor parte vajillas y jarrones con decoración en azul, loza técnicamente muy estimable.

CERAMICA MODERNA

Muy rápidamente también describiré ahora las manufacturas que actualmente siguen produciendo cerámica en España, para no interrumpir la rica historia y tradición que tiene nuestra Patria en esta tarea tan genuinamente propia, desde sus más remotas épocas.

Manises, pueblo cercano a Valencia, dedica con gran empeño y devoción su actividad a la producción de cerámica, elevándose a ciento once las fábricas y talleres que funcionan, produciendo febrilmente para el mercado nacional y, sobre todo, para el hispanoamericano. Siguen produciendo estas fábricas las lozas coloreadas de reflejos metálicos, con los mismos procedimientos que en el siglo xv, en toda clase de ánforas y azulejos, conservando en la actualidad la belleza de las piezas antiguas; también realizan piezas de carácter moderno, imitando las porcelanas francesas y sajonas, de gran aceptación en el mercado.

Vuelvo a reseñar los nombres de Talavera de la Reina y Puente del Arzobispo, pues afortunadamente continúan la tradición que hiciera a estos pueblos de la provincia de Toledo tan famosos en todo el mundo. En el año 1908, cuando los artistas decoradores y fotógrafos Juan Ruiz de Luna Rojas y Enrique Guijo crean o, mejor dicho, hacen resurgir de nuevo

las lozas talaveranas, vuelve a oírse hablar con admiración de esta cerámica tradicional.

Ruiz de Luna ama apasionadamente las viejas piezas talaveranas, estudiándolas a fondo en sus formas, sus colores y sus matices de ornamentación, y con grandes sacrificios inicia su resurrección, procurando, con los mismos procedimientos usados en los siglos xv y xvi, continuar una de las obras cerámicas más famosas y tradicionales de España. Muere hace unos años, cargado de honores, dejando escrita, en colaboración con el reverendo Padre Diodoro Vaca, la historia de la cerámica de Talavera, de reciente publicación.

CERAMICA DE ZULOAGA (SEGOVIA)

Daniel Zuloaga, tío del gran pintor Ignacio Zuloaga, crea en España una cerámica llena de originalidad y belleza, que, por su gran temperamento, se aparta de todos los cánones, para convertirse en piezas bellísimas y extrañas que enriquecen las mejores colecciones de Europa.

Don Daniel, para instalar su taller, compra en compañía de su sobrino la iglesia de San Juan de los Caballeros, de Segovia, salvándola así de la ruina y convirtiéndola en un bello lugar de peregrinación artística, que actualmente ha sido declarada Museo.

Daniel Zuloaga descende de una familia de famosos artífices del siglo xix, y en su mocedad aprendió de su padre y maestro el arte del damasquinado y cincelado. Acrecentó su formación artística estudiando y copiando en la Pinacoteca de Madrid, llegando a interpretar con fidelidad y profundidad las pinturas de Velázquez, El Greco y Goya, formación que luego, a lo largo de su vida, había de imprimir a su obra una gran variedad y un hondo sentido español.

Muy joven trabajó don Daniel en París, y su vocación por el arte del fuego le llevó a asistir a la Escuela de Sèvres, aprendiendo técnica cerámica, química y decoración, con los mejores maestros franceses. Es en el año 1921 cuando nuestro artista muere en Segovia, después de haber dejado una cuantiosa labor cerámica llena de españolismo y de originalidad. La decoración en tibores, azulejos y ánforas no era más que el traslado sobre arcilla plástica y pintada con esmaltes vitrificables, de fragmentos de paisajes y tipos populares castellanos hechos por él, siendo los más conocidos y divulgados los campesinos segovianos, con sus amplias capas y redondos sombreros de grandes alas, sobre mulos y borricos, viéndose como fondo el incomparable acueducto de Segovia o las lejanías de su bella campiña.

La original cerámica de Zuloaga no termina con la muerte de don Daniel, pues sus hijos Juan y Teodora continúan esta interesante modalidad técnica. Además, como antes he dicho, por decreto del Ministerio de Educación Nacional se crea en la bella iglesia románica de San Juan de los Caballeros el Museo Zuloaga, anejo al taller cerámico, evitando así de una manera inteligente el que en un día más o menos lejano se desperdigaran las obras de arte que encierra en la actualidad. La iglesia taller es Monumento Nacional, y uno de los rincones visitados con gran interés por los aficionados al arte.

Otro artista ceramista, en este caso pintor y escultor, es Antonio Peyró Mezquita, que sin separarse de las esencias de las lozas levantinas del siglo XVIII ha sabido dar un sentido propio a su producción, llena de alegría por su dinamismo en las composiciones y la riqueza del colorido en la policromía. Sin duda, Peyró sintió gran devoción por las piezas que se conservan en la Fundación del Conde de Aranda, pues puede decirse que sus bellos grupos artísticos tienen un entronque con las lozas alcoranas.

FABRICAS DE LOZA Y PORCELANA

La Ibero Tanagra (Santander). En 1912 se crea en la capital de Santander una Empresa para producir toda clase de objetos de arte. Se hace desde el primer momento loza muy estimable y semiporcelana opaca.

Sus exportaciones han llegado a establecer una gran marca, ya que en varios países de Europa y principalmente en Egipto y Turquía son muy estimadas sus producciones.

Son muchas más las empresas españolas importantes que producen loza y porcelana, y el corto espacio de que dispongo no me permite mencionar a muchas de ellas como merecen. No obstante, citaré de la forma más somera posible sus nombres y características, así como las localidades en que funcionan.

En Vigo, y después del año 1944, comenzaron a funcionar las fábricas de porcelana y cristal de la firma Manuel Alvarez e Hijos. Esta manufactura ha creado la porcelana denominada Santa Clara, de gran calidad y perfección.

En Pasajes, y bajo el nombre de Luso Española de Porcelanas (S. A.), funciona desde hace unos años otra gran manufactura de porcelana, que en colaboración con la de Vista Alegre, de Portugal, ha logrado plenamente una porcelana intachable y de calidad perfecta. Produce objetos de arte, ánforas, placas, figuras de animales y vajillería, muy estimadas en el mercado actual, llegando a alcanzar altos precios.

El gran pintor Manuel Benedito fué desde la fundación hasta su muerte el asesor artístico de dicha manufactura, y gran parte de los especialistas de la misma provienen de la Escuela de Cerámica de Madrid.

En Asturias existen igualmente muy estimables fábricas

de loza y porcelana, siendo las más importantes las de San Claudio, Manufacturas Guisasola, en Lugones, y La Asturiana, en Gijón. En Bilbao existe la fábrica de Porfirio Sánchez Sauthier, que con gran entusiasmo y tesón ha logrado una porcelana de bella calidad, y en Pamplona se ha creado últimamente una fábrica con la denominación de Porcelanas del Norte, que ha logrado una excelente técnica al lado de un bello concepto artístico.

Porcelanas del Castro, en Osedo (La Coruña), realiza una buena porcelana en figuritas finísimas de gran categoría artística. Las vajillas que confecciona son de una porcelana translúcida de una calidad excepcional.

Pasando a la zona levantina me referiré en primer término a la manufactura de porcelana Lladró, de la localidad de Tabernes Blanques. Ha conseguido esta fábrica una materia de gran belleza, y sus graciosos y atrayentes grupos escultóricos, con estilizaciones muy cuidadas, han obtenido gran aceptación dentro y fuera de España.

Víctor de Nalda, en Almacera (Valencia); Manuel Benlloch, en Manises, y los Aguado, en Toledo, realizan obras muy estimables en distintas modalidades.

En Madrid existen varios ceramistas que han establecido talleres en los que han conseguido una producción de muy buena calidad. Forman un gran cuadro de ceramistas, entre los que citaré a Gálvez de Santiago, Carlos Martín y Muñoz Carrillo, y entre los artistas de fama que dedican su atención a la cerámica, además de nuestro genial Picasso, mencionaré a los catalanes Lloréns Artigas, Cumella, hermanos Serra, Angelina Alós y Mercedes Sans Jordí, y los madrileños Martitegui y Durán Lóriga, Arquitectos de acreditada fama; Elena Colmeiro, Arcadio Blasco, Juan José Junquera, con los hermanos Ruiz de Luna, que han dividido su residencia en Málaga y Madrid. Teresa Jassá, de Calaceite (Teruel); Ramón

Carreté, en Tarragona, y Manuel Safont, en Onda (Castellón), son también excelentes ceramistas de gran porvenir.

Sería interminable el dar una idea concreta de la cantidad de fábricas y talleres que hoy poseemos en toda España dedicados a la cerámica. También conviene reseñar que no hay provincia que no produzca cerámica popular de gran belleza y atractivo, y que deberían estar estimulados y ayudados, pues son estos talleres los que primordialmente siguen la línea de nuestras viejas tradiciones.

Las provincias más ricas en esta modalidad artística son Teruel, Granada, Sevilla, Cuenca y Albacete, y las producciones locales de mayor importancia Andújar, Talavera de la Reina y Puente del Arzobispo, Ciudad Rodrigo, La Bisbal, etc.

ESCUELAS DE CERAMICA

La Escuela Massana, de Barcelona, es un gran centro de arte creado en 1929 por el Ayuntamiento de Barcelona. Tiene una sección de cerámica, que recibe la orientación directa del gran ceramista José Lloréns Artigas, y sus alumnos trabajan casi exclusivamente con materias de gres de altas temperaturas, consiguiendo obras de excelente calidad, en las que la materia sale del horno embellecida por el fuego.

La Escuela Massana tiene ya tradición en diversas materias artísticas, y como está orientada con una gran sensibilidad y acierto, ha creado en los últimos años una generación muy importante de ceramistas que representan la Escuela catalana.

ESCUELA PRACTICA DE CERAMICA DE MANISES (VALENCIA)

Fué fundada esta Escuela en 1916, siendo designado Comisario regio de la misma el ceramista don Gregorio Muñoz Dueñas.

Le sucedió, en 1922, don Manuel González Martí, ilustre ceramista, que realizó una fecunda labor a su frente, hasta su jubilación, en 1948, y dió como resultado una gran proliferación de artistas y fábricas en aquella zona levantina, y el notable gusto por este arte de que es buena muestra el Museo Nacional de Cerámica de Valencia, que lleva su nombre.

Desde el mencionado año 1948 dirige este Centro el ceramista don Alfonso Blat Monzó, que ha ampliado muy sustancialmente sus enseñanzas y ha modernizado sus instalaciones, que cumplen adecuadamente las misiones a su cargo.

ESCUELA DE CERAMICA DE MADRID

Fué mi padre, Francisco Alcántara Jurado, quien en el último cuarto de siglo pasado puso su gran voluntad y entusiasmo al servicio de la rica tradición cerámica española. Con su pluma en la Prensa diaria y en revistas, y de palabra en su Cátedra, explicó lo que España hizo desde sus tiempos más remotos hasta la época moderna.

Logró entonces que hombres amantes de este arte se decidieran a crear modestos alfares, que luego fueron talleres famosos que extendieron y divulgaron por todo el mundo la fama y el nombre de España. Así, Talavera, Toledo, Andújar, Granada, Manises, etc., empiezan a principio de siglo a dar muestra del resurgimiento de su cerámica. Son estos talleres

con formas simples y con decoración espontánea y de gran raíz popular lo que mi padre aplaudió y estimuló, hasta lograr que todas sus obras empezaran a recorrer los mercados españoles y extranjeros.

Llega así a la creación de la Escuela de Cerámica de Madrid, en el año 1911, siendo Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes su buen amigo Julio Burell.

Fué creada la Escuela con el fin de llevar a cabo la formación de un personal adecuado, que por estar identificado plenamente con los propósitos del fundador, pudiera continuar con éxito la tradición cerámica. Nació con escasísimos elementos, pero merced al entusiasmo de mi padre y entrega absoluta a su reciente obra, va imponiéndose poco a poco en el clima oficial de aquellos momentos.

En esta primera etapa tuvo la Escuela como colaboradores a Daniel Zuloaga, a Enrique Guijo y al tirador de rueda Franco, alfarero procedente de los talleres de Talavera y un auténtico cacharrero, como el mejor de los tiempos ibéricos o árabes.

En esta época se iniciaron los cursos de verano, que no se han interrumpido hasta hoy, y que consisten en tener a los alumnos frente al natural y enseñarles a conocer España de la forma más real y práctica, pues durante un par de meses del estío conviven con los habitantes de los pueblos escogidos, reflejando en el papel, lienzo o barro las costumbres y todo lo interesante de las diversas regiones, y principalmente de los talleres cerámicos locales. Esta formación es la que contribuyó en mayor medida a dar carácter propio y nacional a las piezas de cerámica que se realizaron.

Se procuró asimismo poner a los profesores y alumnos en contacto con las más importantes fábricas de Europa, llegando a tener, antes del año 1936, intercambio de alumnos con las fábricas-escuelas de varios países.

Puede dividirse en dos épocas la vida de la Escuela. La primera, desde su fundación hasta 1935, fecha de la instalación en los nuevos locales que hoy ocupa en las proximidades de San Antonio de la Florida, y la segunda desde la mencionada fecha hasta nuestros días.

Los locales a que hago referencia están situados en el mismo terreno donde estuvo instalada la Real Fábrica de Porcelana de la Moncloa, que, como ya he indicado anteriormente, fué un intento del Rey Fernando VII de continuar la obra creada por el Rey Carlos III con la Real Fábrica de China del Buen Retiro.

Quien tiene el honor de dirigirles la palabra fué nombrado, en 1926, Director de la Escuela, y continúa desde entonces con amor y entusiasmo la tarea de procurar el resurgimiento de la gran fama y categoría que tuvo la cerámica en España, siguiendo el camino que trazara el fundador. En pleno trabajo, y a punto de obtener resultados muy satisfactorios, surgió el Movimiento Nacional, quedando destruídas en su totalidad las nuevas instalaciones de la Escuela y muy gravemente deteriorados sus locales, por hallarse situados en plena línea de fuego. En 1939, al comenzar España su reconstrucción, la Escuela fué tenida en cuenta, siendo reparados sus locales y empezando a funcionar de nuevo, aunque careciendo de algunos elementos mecánicos y técnicos, tales como maquinaria y hornos de construcción extranjera.

Las primeras materias, tan delicadas en su selección y preparación para conseguir una buena porcelana, ha logrado la Escuela que sean en su totalidad de procedencia nacional. Las arcillas, caolines, feldespatos y cuarzos no solamente son españoles, sino que, en su mayoría, se encuentran, y de una calidad muy estimable, en la meseta central, y especialmente en las provincias de Madrid, Toledo y Segovia, siendo algunos

de los yacimientos los mismos de donde la Fábrica del Buen Retiro se suministraba.

Y para terminar, señores, no me queda más que añadir que creo firmemente en el magnífico porvenir de la cerámica en España, en primer lugar, porque cada día se mejora su calidad y gusto, y después, porque si tiene un marcado carácter español, cada día será más estimada en el exterior. En cuanto al mercado interior, su desenvolvimiento, desarrollo y porvenir están asegurados, puesto que el Estado español pone el mayor interés en impulsar y estimular este arte tan tradicional, que tanta fama y prestigio dió a España en todo el mundo en épocas pasadas.

He dicho.

ARTES GRÁFICAS MUNICIPALES

Ayuntamiento de Madrid